# TRES TEXTOS SOBRE SIERRA NEVADA PUBLICADOS EN 1898

Three texts about "Sierra Nevada" published in 1898

MANUEL TITOS MARTÍNEZ*

*A la memoria de Vicente Cacho Viu*

## RESUMEN

El macizo montañoso de Sierra Nevada fue objeto de atención desde el siglo XVIII de muchos viajeros que, procedentes de todos los lugares del mundo, recorrieron sus valles y sus cumbres y dejaron el testimonio de su experiencia montañera o científica en una amplia serie de libros y artículos publicados en los más diversos países. Pero el interés puramente montañero no inicia su despegue con fuerza hasta finales del siglo XIX. A esa época corresponden los tres trabajos a los que se refiere este artículo. El primero fue escrito por un socio de la Institución Libre de Enseñanza y tiene el sentir pedagógico que tuvieron todos los escritos de sus miembros. El segundo es un texto puramente montañero escrito por un abogado granadino. El tercero es un texto de Angel Ganivet, extraído de una de sus novelas, publicada en 1898, el mismo año en que murió este importante escritor granadino, buen amante de la montaña y de Sierra Nevada.

**Palabras clave:** Sierra Nevada, Ganivet, García Real, Mendoza.

## ABSTRACT

The mountainous masiff of "Sierra Nevada" caught the eye of a lot of travellers since the 18th century, who proceeding from everywhere in the World, went over its valleys and pinnacles and left evidence of their mountainous or scientific experience in an extensive range of books and articles published in several countries. But the purely mountainous interest does not start intensively until the end of the 19th century. The three works that this article refers to belong to this time. The first one was written by a member of the "Institución Libre de Enseñanza" and has the pedagogic view that all the writings of its members also had. The second one is a purely mountainous text written by a lawyer from Granada. The third one is a text written by Angel Ganivet, extracted from one of his novels, published in 1898, the same year that this important author from Granada died; he was a strong lover of the mountain and "Sierra Nevada".

**Key words:** Sierra Nevada, Ganivet, Garcia Real, Mendoza.

* Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Granada.

## I. INTRODUCCIÓN

El acercamiento de los granadinos a Sierra Nevada es ciertamente tardío, si lo comparamos con la gran cantidad de viajes de escritores y científicos extranjeros que desde principios del siglo XIX habían subido a sus cumbres y habían hecho de ella fuente principal para la inspiración de sus escritos.

En 1882 Indalecio Ventura, a través de una sociedad de "regeneración" obrera denominada El Fomento de las Artes, organiza la primera excursión de granadinos a Sierra Nevada.

En 1889 otro granadino-malagueño, el ingeniero Luis de Rute, que trabajaba en la cobertura del río Darro a su paso por la calle Reyes, realizó otra importante excursión y de la misma dejó un formidable testimonio escrito. A su regreso de la Sierra, Luis de Rute pronunció en el Centro Artístico y Literario de Granada dos conferencias sobre sus experiencias en Sierra Nevada, dejando en manos de esa institución la responsabilidad del fomento del excursionismo. En 1891 el Centro Artístico adoptó esta tarea bajo la dirección de Valentín Barrecheguren y Alberto Álvarez de Cienfuegos, organizando aquel año una ascensión de sus socios a Sierra Nevada, primera de una serie de excursiones que se institucionalizaron en los años siguientes. De la excursión de 1894 salió el trabajo de Diego Marín y la de 1895 fue el pretexto que utilizó Elias Pelayo para publicar, junto con la crónica de la excursión, las investigaciones sobre el pasado de la Sierra que había venido recopilando en los años anteriores. Ambos autores denominaron a su trabajo "La Suiza Andaluza", nombre que, por aquel entonces, pujaba por abrirse paso como denominación para Sierra Nevada.

Pero cuando todo parecía impulsar ya el montañismo granadino en una ascensión sin retorno se produjo el cierre del Centro Artístico; la disminución del número de socios, la falta de apoyo oficial y la indiferencia de mucha gente cerraron las puertas de esta institución en el mes de agosto de 1898, sin que se volvieran a abrir hasta 1908.

¿Cómo renunciar a la actividad montañera, cuyas semillas habían echado ya profundas raíces en el entresuelo granadino? Este fue el momento en el que un grupo de aficionados montañeros se decidieron a crear una organización bajo cuya denominación podrían seguir practicando su ilusión anual, la ascensión a las cumbres de Sierra Nevada. Fue así como, a finales de 1898, nació la sociedad "Diez Amigos Limited", cuyo nombre ha resonado desde entonces en los oídos de los montañeros granadinos como símbolo de aventura, de descubrimiento, de osadía, de pasión y de difusión, casi pedagógica, del amor a Sierra Nevada. No era, como algún autor mal informado ha dicho, una

sociedad que organizaba estancias en la Sierra con el fin principal de dar batidas a las monteses. Fue un núcleo de veteranos pioneros de la Sierra que emplearon lo mejor de su tiempo y de su esfuerzo físico e intelectual en fomentar el montañismo en nuestro suelo.

La primera excursión no la realizaron los Diez Amigos en 1898 sino en el verano de 1899 y desde su fundación, la sociedad estuvo presente en la mayor parte de las actividades montañeras que se llevan a cabo en Sierra Nevada. Ellos serán el punto de mira, interior y extranjero, de cuanto sucede en la Sierra, los promotores del excursionismo, los innovadores de nuevas rutas, los organizadores de importantes actos, casi "multitudinarios" en la Sierra y los que, finalmente, se prestarán a partir de 1912 a dar un paso más comprometido, aunando esfuerzos y buscando recursos, para construir en Sierra Nevada el primer albergue importante; para ello tendrán que orientar su amigable sociedad hacia un tipo de organización que jurídica, económica y políticamente, permita el desarrollo de actividades más complejas: la Sociedad Sierra Nevada.

Pero con ser muy importantes, los Diez Amigos no lo son todo, y al margen de su actividad otros grupos de montañeros acuden a conocer y recorrer Sierra Nevada, dejando testimonio de sus andanzas a lo largo y ancho de la misma. Tal es el caso de **Eduardo Mendoza** que en el verano de 1898 realiza con un grupo de amigos, que no conocemos, un viaje para ascender al picacho del Veleta. Sus amigos, el guía, los mozos, la recua de mulos cargados de abundantes provisiones, el armazón y la tela de la tienda de campaña, sin olvidar abundantes mantas, capotes y escopetas, salen de la plaza de la Trinidad una madrugada de primeros de agosto.

El autor de la crónica, un abogado granadino del que no sabemos prácticamente nada[1], es la primera vez que va a la Sierra y no cuenta con precisión los lugares por donde pasan, que naturalmente desconoce, pero el itinerario debió ser el más habitual: Huétor Vega, Fuente de los Castaños, Purche, Dornajo, Peñones de San Francisco y Laguna de las Yeguas, donde plantan el campamento. La noche la pasan inquietos; uno de los mozos les ha dicho que por allí merodea una manada de lobos mandados por uno que denominan Jacinto, el más fiero de toda la Sierra y que ya había sido citado por algún cronista anterior. A las seis de la mañana siguiente emprenden la subida

(1) El *Anuario de El Defensor de Granada para 1895* cita en su página 490 un personaje llamado Eduardo Mendoza Gómez, que es abogado y vive en el número 17 de la calle San José.

al Veleta al que llegan hora y media después, para regresar a continuación al campamento y a Granada[2].

El mismo año 1898 publica el oficial de topógrafos e ingeniero geógrafo **Antonio García del Real** en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* un artículo sobre "El Puerto de Bacares". Granada, para él, no acaba en la Alhambra y el Albaicín. Quien disponga de tiempo ha de adentrarse en Sierra Nevada y una de las rutas mejores de recorrer es la que desde Granada lleva al Puerto de Bacares. Describe García del Real el camino para llegar hasta allí: Cenes de la Vega, Pinos Genil, Güéjar Sierra, camino de la Estrella y minas del mismo nombre. Las minas están casi abandonadas pero como dato importante señala que existe allí una cantina y aunque no muy bien provista, es digna de ser tenida en cuenta en una excursión de este género. Allí acaba el buen camino para comenzar una senda llena de guijarros y bloques de pizarra desprendidos desde lo alto. La ascensión por los Prados de Bacares parece interminable y el lugar elegido, finalmente, semeja otro planeta. En invierno aquel camino es imposible de transitar, pero en verano es el lugar habitual para el paso de los arrieros que llevan a Granada los productos de la Alpujarra, el de quienes van a la Sierra a recoger manzanilla, "que puede en un solo día proporcionarles una ganancia de 10 pesetas" y el lugar donde empiezan su faena muchas veces los cazadores de cabras monteses[3]. Como en el caso anterior, prácticamente nada sabemos de su autor, tan sólo que desde el curso 1879-80 fue alumno de la Institución Libre de Enseñanza (de hecho firma el artículo como C.A. que significa Corporación de antiguos alumnos del I.L.E.) y que era oficial de topógrafos e ingeniero geógrafo[4].

Mejor información tenemos, naturalmente, de **Angel Ganivet**, vinculado, por edad y amistad, a la generación que descubrió Sierra Nevada a los granadinos, formada por algunos miembros del Centro Artístico que desde 1891 convirtieron la excursión a la Sierra en el objetivo anual de sus quehaceres lúdicos y que fueron el antecedente de la sociedad "Diez Amigos Limited". Pues bien, el grupo estuvo formado por el más íntimo amigo de Ganivet, Nicolás María López y otros con los que mantuvo una relación cordial: Alberto Álvarez de Cienfuegos, Matías Méndez Vellido, José Ruiz de Almodóvar, Elias Pelayo, Diego Marín, Paulino Ventura... casi todos ellos

(2) MENDOZA, E.: "Viaje al Veleta", *El Defensor de Granada*, 17 y 18-8-1898.
(3) GARCIA DEL REAL, A.: "El Puerto de Bacares", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 22, 30-11-1898, pp. 350-352.
(4) La información me ha sido facilitada por Vicente Cacho Viu.

miembros con Ganivet de la "Cofradía del Avellano", No es extraño que fuera el propio Ángel Ganivet quien impulsara en sus amigos aquella extraña afición a subirse a las montañas, siempre presentes en la mente de Ganivet.

Cuando en agosto de 1895 Ángel Ganivet llega a Granada procedente de Amberes para permanecer unos días con sus familiares a raíz de la muerte de su madre, Nicolás María López le cuenta la extraordinaria excursión que acaban de realizar a Sierra Nevada los del grupo del Centro Artístico, cuya crónica ya había comenzado a publicarse en las páginas de *El Defensor* escrita por Elias Pelayo con el título "La Suiza Andaluza". Ángel Ganivet, que lamenta no haber podido estar con sus amigos en la Sierra, le pide a Nicolás María López que le acompañe en una excursión más próxima, a la Alfaguara y a la Cueva del Agua, en la que el primero, empuñando el "bastón fuerte de espino, con cayado, que usó casi siempre", se resiste a anclarse en el pasado: "El recuerdo es señal de decadencia y vejez. Es necesario no olvidar que nos debemos a nuestro tiempo y a nuestros semejantes". Nicolás María López narró aquella excursión en un capítulo de su libro *Viajes románticos de Antón del Sauce*, que tituló "A pie, con Ganivet"[5].

Al año siguiente, ya en Finlandia, Ángel Ganivet empieza a escribir sus *Cartas Finlandesas* y en la número XI da a conocer la estancia en Granada del pintor sueco Egron Lundgren en 1849, visitante de Sierra Nevada en compañía del famoso guía Arrabal. En otra de aquellas cartas, la número XVII, se refiere Ganivet a las diversiones populares de los finlandeses y da con motivo de ello la primera noticia en Granada de un deporte muy popular en Finlandia, "donde el empacho de nieve quita las ganas de emocionarse y engendra un cansancio, un aburrimiento, que tienen nada que ver con la sublimidad". Se trata del deporte del esquí, aún sin nombre por aquí, y al que Ganivet se refiere como "un género de patinación nuevo y curioso". He aquí su testimonio:

> *"La nueva patinación es muy popular en el Norte de Finlandia y en Ulcabog, ciudad importante en lo alto del golfo de Botnia, hay todos los años carreras de velocidad que despiertan gran interés. Aquí ha llegado también la moda y los patinadores se aprestan a cambiar los antiguos patines de hierro por los modernos de madera. Estos tienen dos, tres y hasta cuatro metros de largo, y quedan sujetos a los pies por una abrazadera, colocada hacia el centro. Figuremonos un*

(5) LÓPEZ, N. M.: *Viajes románticos de Antón del Sauce*, Granada, Tip. Luis F. Piñar Rocha, s.a., pp. 529.

*hombre de pie, con sus dos extremidades inferiores apoyadas sobre dos largos railes móviles, como un tren humano, que va a ponerse en marcha; ya no hay más que empujar para que los railes corran sobre la nieve; para dar impulso lleva el hombre-locomóvil dos largos bastoncillos, cuya cantera está provista de una rodaja con objeto de que no se clave demasiado en el suelo; inclínase hacia adelante y como si fuera a remar, empuja con ambos bastoncillos a la vez o alternativamente y corre con tan extraordinaria velocidad, que se queda el espectador pensando que a la humanidad le han salido corrientes eléctricas en las patas".*

Supone Ganivet que es él quien da a conocer por primera vez en España esta actividad y sueña en que si cuaja su proyecto de "Finlandia andaluza", podría tal deporte ser practicado en Granada. No sabemos de qué proyecto habla pero parece que Ganivet tenía algunos ambiciosos planes cuya prematura muerte le impidió desarrollar.

No se cumplió el proyecto de Ángel Ganivet de ver a sus paisanos esquiar en Sierra Nevada hasta 1914, dieciséis años después, pero el mismo año de su fallecimiento, 1898, vuelve a tratar el tema de la Sierra en su novela *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*[6]. En primera persona, narra el autor su traslado desde Madrid, donde trabajaba en la redacción de *El Eco*, hasta Granada, acompañando a Pío Cid, que iba camino de Aldamar con motivo de su elección como diputado, y si hemos de entender que quien habla en boca de Pío Cid no es otro que el propio Ángel Ganivet, hay que concluir que la narración contempla realmente las experiencias que el mismo Ganivet podría haber vivido en las cumbres de Sierra Nevada. Así lo entendió Unamuno cuando afirmaba que la novela de Ganivet ni tiene argumento ni es extractable: "Es un motivo para ir disertando de todo lo que se le presenta, bajo unidad de tono que es la íntima".

Un cuarto de hora antes de llegar a Aldamar, cuando se empieza a descender la empinada cuesta del Aire, hay a mano izquierda una fuentecilla llamada de los Garbanzos (Fuente Alta), porque sus aguas tienen la virtud de ablandarlos aunque sean duros como balas. Allí paran para dar descanso a los mulos que vienen fatigados y sedientos y encuentran una muchacha

(6) GANIVET, A: *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, Madrid, 1898, tomo II, trabajo cuarto, pp. 49-116. Un estudio reciente sobre la figura de Angel Ganivet como novelista es el de FERNANDEZ SANCHEZ ALARCOS, R., *La novela modernista de Angel Ganivet*, Granada, Diputación Provincial y Caja General de Ahorros, 1996, 331 pp.

pobremente vestida llenando un cántaro. Era Rosario, hija de la Roqueta y del tío Rogerio. Su madre, es pariente de Frasco Rentero, que acompaña a Pío Cid en su viaje; su padre ha sido compañero de excursiones de Pío Cid:

> *"Sigan hablando —dice Pío Cid— que yo lo único que podría decir es que conocí también a los Rogerios y que todos eran muy hombres de bien. Dile a tu padre si se acuerda de una vez que fue a la sierra y subió al Mulhacén acompañando al señorito Pío, como él me llamaba. ¿Pues no se ha de acordar? -contestó Rosarico, mirándole con admiración;en cuántico que sepan su venía y le vean a osté se van á jartar de llorar. ¡Válgame Dios! ¿Con que es osté el niño de los Castaños? Algo más nos relucía el pellejo cuando eran ostés los amos de la cortijá; mi padre cuenta y no acaba de ostés toos".*

Terminado su trabajo en Aldamar, Pío Cid y el tío Rentero dejan la Alpujarra para regresar a Granada y ante la sorpresa de Rentero, Pío Cid elige el camino de la Sierra para contemplar por última vez el picacho del Veleta que Pío Cid, cuando está prácticamente en la cumbre, se niega a pisar para no profanar la grandiosidad y la magia del lugar. El texto es de los que merecen ser recordados íntegramente para no quitar una palabra a la belleza con la que lo expresa Angel Ganivet cuya lectura, en este centenario de la publicación del libro, resulta particularmente conveniente y el mejor homenaje a su autor en el también centenario de su fallecimiento.

Granada, diciembre 1998

**1. ANTONIO GARCÍA DEL REAL, "El Puerto de Bacares", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, num. 22, Madrid, 30 de noviembre de 1898, pp. 350-352.**

Quien vaya a Granada, no debe dar por terminada su excursión al concluir de visitar los monumentos que dan a esta ciudad tanta fama, ni tampoco después de recorrer las típicas calles del Albaicín, y de entrar en alguno de los cármenes, tantas veces celebrados. Debe recorrer también con detenimiento los alrededores de la ciudad, con la seguridad de que cada día encontrará un paisaje nuevo, no menos interesante que la misma Alhambra y que a cada paso se presenta en esa comarca, en la que cualquier punto de observación es punto de vista de un cuadro magnífico, original como él solo, y en que el paisajista tiene siempre dificultad de escoger, sobre todo si estudia con su arte los tipos y las costumbres de la localidad.

Si sale de la población hacia el llano, encontrará al cabo de la última calle la frondosa vega, cuajada de alegres y pintorescos pueblecillos de casas continuamente blanqueadas; si sale hacia el lado opuesto, por el camino del Sacromonte, verá el bonito cauce del Darro, y podrá además estudiar las costumbres de los gitanos, que cavan sus cuevas a la izquierda del camino; y si toma la dirección del Genil, se encontrará metido entre los pliegues de la Sierra Nevada a los pocos kilómetros, y entre paisajes variados y ricos en luz y en colores.

Si el excursionista dispone de poco tiempo, debe, por lo menos, ir al fondo del *Corral del Veleta*, para conocer los tres cerros más elevados de la Sierra y contemplar así un espectáculo de impresión perdurable. Si dispone de algunos días, entonces debe intentar la subida al Cero de Muley-Hacen, o por lo menos subir al Puerto de Vacares, lo que se logra muy cómodamente en dos días, y sin tener que dormir al raso, por el camino de Granada a Trevélez: como no le sucedería, si sigue otro camino menos conocido, o si confía en los innumerables guías que ofrecen sus servicios en Granada y que no pueden guiar más que a la Alhambra o a la Cartuja y aun de los que encuentre en los pueblos de la Sierra, pues aún no hay quién la conozca con todo detalle.

Para ir al Puerto de Bacares, hay que ir primero a Güéjar Sierra, pueblo que dista 20 km. de Granada, por el camino de carros que pasa por Cenes de la Vega y luego por Pinos Genil, desde donde comienza el terreno a ser más fértil, y a internarse en la sierra.

Güéjar es un pueblo importante de la provincia y está habitado por un millar de vecinos muy trabajadores, como lo son en muchos otros pueblos de

este pais (contra lo que ordinariamente se dice de los granadinos); vecinos que labran terrenos situados en parajes a donde sólo la subida es empresa más que peligrosa, plantan viñas en las paredes de los cerros y contienen con muros de piedra el terreno que, negándose a quedar horizontal, lucha continuamente por precipitarse en el fondo del Genil. Allí cultivan frutales de todas clases, montes enteros de castaños y grandes extensiones de maíz y patatas, cuya continua exportación les produce muy buenos rendimientos, demostrando toda esta riqueza agrícola lo mucho que produce el trabajo, ayudado con un buen sistema de riego.

Allí mismo, como en los pueblos de Monachii, Dudar, etc., comienza a sacarse de todos los ríos nacidos en aquella sierra el agua, que conducida por una intrincada red de acequias, vivifica y mantiene en perpetua lozanía gran parte de la provincia, convirtiendo en vergel todo terreno árido que se encuentra a su pie. Tan claramente está allí marcado el influjo del riego, que las acequias madres determinan la línea de separación entre el desierto y la vega; por eso, al mirar la falda de la Sierra Nevada desde Granada en dirección a Zubia, por ejemplo, se ve una recta horizontal que separa muy distintamente dos colores diversos y vivos: uno verde oscuro abajo, otro pardo rojizo encima.

Desde Güéjar, continúa la excursión por la carretera que va a las minas de la "Estrella", remontando el curso del Genil, que corre allí encajonado entre dos pliegues paralelos de la sierra, disputándose con el camino el poco terreno que queda llano en el fondo de la garganta, y dando un sin fin de vueltas, a cada una de las cuales se presenta un nuevo horizonte, que entretiene continuamente.

Se pasan así las confluencias del Genil con sus numerosos afluentes de la orilla izquierda; se dejan atrás los últimos grupos de molinos de Güéjar, y al doblar uno de tantos recodos, cuando se llevan recorridos unos 25 km. desde Granada, aparece inesperadamente un panorama sorprendente.

El horizonte, antes muy cerrado, se abre de pronto y aparecen simultáneamente los tres picos más elevados de Sierra Nevada, que estaban invisibles hasta entonces. Enfrente aparece Muley Hacen, a la derecha el Picacho de Veleta, a la izquierda el Cerro de la Alcazaba.

Sin que el viajero haya podido darse cuenta, se halla en el fondo del *Corral del Veleta*, pues así se llama el profundo embudo formado por esos tres enormes cerros, que, apoyando sus bases en las orillas del Genil, se elevan majestuosos con una sola pendiente, sin accidentación alguna, a la región de las nieves perpetuas.

El aspecto de aquellas tres grandes masas, desprovistas de toda vegetación, siempre negras, pero que aún lo parecen más por el contraste del color

de sus pizarras con el blanco purísimo de sus ventisqueros; la vista de aquellas tres torres cónicas de 2.000 m. de altura desde su base, y cuyo completo desarrollo puede recorrer la vista, es imponente. A este recodo del camino, desde donde por vez primera se contempla el grandioso espectáculo, es a donde debe irse desde Granada, por escaso que sea el tiempo de que se disponga, por poca afición que se tenga a contemplar la naturaleza, o por grandes que sean los temores a un viaje un poco incómodo.

Puede hacerse hasta allí la excursión en dos días con toda comodidad, durmiendo en Güéjar, en donde hay facilidades para proporcionarse alojamiento. La subida desde allí al Puerto de Bacares, es ya más penosa. El que la emprende debe contar siempre con que la fatiga que se experimenta es grande, con que no se encuentra, después de "La Estrella", albergue alguno en que pueda pasarse la noche, o guarecerse en caso de sobrevenir una de esas tempestades que tan rápidamente se forman en aquellas regiones, y con que no dispondrá, en caso de contrariedad de otro género, de más recursos que los que consigo lleve, o su buen criterio le proporcione. A más de esto, hay que hacer la excursión a pie, pues aunque los mulos del país están habituados a recorrer con grandes cargas sitios muy peligrosos, la pendiente es tan rápida, que un pequeño desliz de la caballería pudiera ser fatal, sobre todo si la subida se hace desde las Minas de la Estrella, y no por el camino ordinario de Trevélez, más

largo que el primero, no mucho mejor y menos interesante.

Las minas tienen muy poca importancia y están casi abandonadas, pero como en ellas hay una cantina, aunque no muy bien provista, son dignas de tener en cuenta, en una excursión de este género.

En ellas acaba el buen camino: desde entonces, hay que seguir una mala senda cubierta de guijarros y de bloques de pizarra desprendidos de lo alto, abandonando el Genil, que allí se forma por reunión de múltiples regatos nacidos en los ventisqueros del Corral de Veleta y que corren sin rodeos y de un solo trazo su camino casi vertical.

La ascensión parece interminable: a las dos horas de comenzada, aún se ve muy alto el Ventisquero de Bacares, aunque, cuando se mira hacia abajo, no parecen más que puntos blancos las casas de la Estrella, ni llega ya a los oídos el ruido del Genil

Con otro esfuerzo y otra hora de camino, se llega a lo alto del Puerto de Bacares, cubierto eternamente por un ventisquero, que reparte por igual sus aguas al Genil y ala Laguna de Bacares, es decir, al Atlántico y al Mediterráneo. Allí no hay ya señal alguna de vida; se encuentra el viajero en una naturaleza aparentemente muerta, no se ve ni un solo pájaro, ni otra

muestra de vegetación que algún liquen pegado en los bloques de pizarra; ni aquel silencio profundo es interrumpido por el ruido más ligero en un día de calma.

Mirando hacia atrás, se divisa muy distintamente la vega de Granada; Atarfe se ve desde allí con gran precisión, y las Sierras de Elvira, de Parapanda y de Loja no parecen desde aquellas alturas más que sierras de enanos. Mirando de frente, por la vertiente meridional, se ve muy próxima la Laguna de Bacares, formada en un embudo perfectamente cilindrico, de paredes muy lisas. En ella no hay tampoco la menor señal de vida, y su agua, casi siempre helada, no acusa el más ligero movimiento ni deja adivinar su fondo, que nadie ha intentado sondear.

Por su borde justamente, baja el camino de Trevélez, que se borra frecuentemente por la nieve, y sólo puede reconocerse entonces por los altos montones de pizarra, que sirven de jalones al caminante que se aventura a pasar el puerto después de Octubre, con lo que seguramente intenta su muerte.

Es este camino, en cambio, muy frecuentado en el verano por los arrieros que llevan a Granada los productos de las Alpujarras; por él van los serranos a recoger esa planta tan apreciada que se llama *manzanilla de la sierra*, y que puede en un solo día proporcionarles una ganancia de 10 pesetas; y desde aquel puerto de Bacares empiezan su faena muchas veces los cazadores de cabras monteses, que suben a aquellas alturas en los meses de primavera.

Después que se descanse algo en el puerto, hay que apresurarse a regresar a "La Estrella", para no exponerse a quedar al raso una noche de helada, como son todas en aquella altitud, aun en los meses del estío; y conviene comenzar la bajada cuando el sol esté aun bastante alto sobre el horizonte, pues al ocultarse detrás de las sierras de Loja, desaparece la luz sin crepúsculo intermedio entre el día y la noche, y con un brusco descenso de temperatura.

Desde Bacares, puede subirse también con relativa facilidad al Cerro de la Alcazaba, que se halla a la derecha del camino, y llegar, recorriendo la cumbre de la sierra, al cerro de Muley-Hacen. Aunque éste no es el itinerario más cómodo, es por lo menos el más interesante: por otro cualquier lado por que se verifique la ascensión, no se disfruta de la soberbia vista que hay desde el fondo del Corral de Veleta.

Para ir a Muley-Hacen o al Picacho de Veleta, debe siempre pasarse por Güéjar; bajar desde allí al frondoso Genil, y subir la loma que limita su cauce por el lado opuesto, en cuya divisoria de aguas se encuentra el camino de los Neveros, que llega sin grandes pendientes al Picacho. No conviene tomar este camino desde Granada, porque, apenas se desprende de Huétor, abandona la vega y recorre un terreno completamente árido y desierto, sin encontrarse en

él árbol o casa alguna, que libre un momento de los rayos del sol que abrasa aquella falda rojiza de la sierra; pero es éste en cambio el mejor camino para el regreso, porque se hace viendo constantemente a Granada con toda su vega, sin que haya obstáculo alguno que se interponga a la vista[7].

## 2. RICARDO MENDOZA, "Viaje al Veleta", *El Defensor de Granada,* 17 y 18 de agosto de 1898.

### I

Sudando como un condenado pues estamos a comienzos de agosto e iba vestido interior y exteriormente de riguroso invierno, llegué a Plaza Bibarrambla, lugar donde estábamos citados los atrevidos excursionistas.

Yo había sido de todos el más perezoso. Hallándose allí sin faltar ninguno mis amigos, el guía y los mozos, cada cual a la cabeza de su recua de mulos y portando el armazón y tela de la tienda de campaña en unos grandes cajones y cestas que supuse llenos de suculentas y confortantes viandas y en todos, mantas, capotes, escopetas y la indumentaria y cuantos utensilios son de rigor para un viaje de aquella índole.

Nos acomodamos lo mejor posible sobre los corpulentos híbridos, diose la orden de salida y la alegre comitiva se puso en marcha Carrera y Salón arriba diciendo ¡adiós a Granada! Ahí te quedas dormida teniendo por almohadones la hermosa Alhambra y el Generalife, y envuelta en las tibias brisas de la Vega. Nosotros vamos en busca del invierno que oculto vive en la elevada cima esperando la ocasión oportuna para dar su beso helado en la frente de la sultana de Alhamar.

### II

Pasamos el puente Verde y dejando a la derecha el alegre camino de Huétor y a la izquierda el río Genil, comenzó nuestra ascensión por una amplía vereda blanquecina y polvorienta que ascendía como cinta sin fin, tenuemente alumbrada por la luna que tocaba a su ocaso.

(7) Sobre esta excursión, véase: *Diario de una excursión a la Sierra Nevada,* por D.L. de Rute, números 289 y siguientes del Boletín.

Después la oscuridad se hizo más densa y a la dudosa claridad de las estrellas desfilaron lentamente, a derecha a izquierda, grupos de olivos rezagados y algún casuco o cortijo oscuro y triste desde donde lanzaban los perros roncos y prolongados aullidos. Una hora más tarde nos hallábamos en plena Sierra. La vereda se había estrechado y casi estaba borrada: sólo el ojo experto del guía adivinaba cual era el verdadero camino. Y es que al hacerse la senda difícil y áspera estaba menos frecuentada.

¡Qué pocos seres humanos habían pisado aquellas cumbres que, como las de la verdadera virtud y la ciencia para poseerlas y dominarlas había de preceder el cansancio y la fatiga!

Al trasponer la cúspide de un cerro, una ráfaga de claridad azul vi dibujarse ligeramente a nuestra izquierda. La aurora descorría las cortinas de su lecho de oro dando color y vida a la naturaleza y haciendo derramar a la noche, al ir a ocultarse en occidente, lágrimas de pesar que humedecían las rocas y los olorosos tomillos que brotaban tímidos entre ellas.

El cielo apagó una a una sus lucecillas. Sólo la estrella Venus resplandecía, aunque el sol, celoso de su belleza, comenzaba a envolverla en su manto de luz.

Lo estrecho de la vereda, hacía que camináse mos uno en pos del otro y por consecuencia que no hubiéramos cambiado durante el trayecto recorrido (unos 9 kilómetros) nuestras impresiones y pensamientos. El silencio sólo había sido interrumpido por alguna copleja de la tierra cantada entre dientes por el guía.

Hicimos *alto* en una elevada meseta con el fin de tomar el aguadillo que nos supo al *hatchis* de Monte Cristo y que devolvió algún tanto al que escribe y a sus compañeros el color a las mejillas, pálidas del trasnoche y el vigor a los entumecidos y traqueteados miembros.

El sol apareció a poco, hinchados sus mofletudos carrillos de tanto dormir, inundando de luz las alturas y después los valles y barrancos ¡quién había de decir que aquellas dulces caricias que nos propinaba se cambiarían pronto en feroces quemaduras y que había de hacemos mudar más de una vez el pellejo de las narices!

Continuó nuestra marcha, siempre en dirección de la cabeza del gigante. A medida que subíamos, la vegetación se iba achicando como temerosa de los embates del viento y apenas si se atrevían a levantar algunas sabinas sus encrespadas cabelleras por entre los pedruscos de los cerros. Mariposillas de variados colores revoloteaban a nuestro alrededor, molestadas por tan intempestiva visita. Llamaron mi atención multitud de ellas completamente

negras que giraban en alegre vertiginoso remolino a pesar del luto de que hacían ostentación.

A las nueve de la mañana llegamos a un sitio llamado el *Dornajo* (difícil creo hallar, si no la etimología de estos nombres propios de los distintos lugares de la Sierra, la causa que precedió a su designación).

En la vertiente de dilatada loma cerca de la cúspide, brota cristalino y fresco manantial de agua purísima. Forma a poco de su salida pequeña laguna bordeada de musgo, que repleta de oxigenado líquido rebosa y se derrama en dirección de la cuenca del Genil que allá en el fondo, muy lejos, serpentea en demanda de la ciudad. Casi escondidos en el fondo del valle se divisan tres pueblecillos: Cenes, Güéjar y Pinos alineados cerca de la corriente y rodeado cada cual de su pequeña vega de maizales y hortalizas.

Mientras las cansadas caballerías, sueltas y a su antojo, pacen la menuda yerba que brota del húmedo suelo, nosotros, sentados a la usanza moruna, a la sombra de enorme peñasco, armadas las diestras de afiladas y clásicas navajas, al lado de la repleta bota y en el centro soberbio receptáculo lleno de suculentos trozos de ternera ricamente condimentados, devorábamos, más bien que comíamos, tanto que la escudilla a pesar de su obeso vientre, quedó poco menos que anémica, y la bota, antes tan grave y circunspecta, tuvo que doblegar su altiva cerviz haciendo un saludo a la oriental.

Eran ya las diez de la mañana y nuestra impaciencia grande por visitar la región de las perpetuas nieves.

Levantóse el campo con gran contento de todos y emprendimos de nuevo la marcha. Según el itinerario no habíamos de interrumpirla hasta el término de la jornada. Era éste un ameno sitio a las orillas de la laguna llamada de las *Yeguas* a 3.100 metros sobre el nivel del mar y 300 más abajo del pico del *Veleta.*

Cambiamos de *toilette:* Nos calzamos guantes blancos de algodón, los que hubiera envidiado cualquier *guindilla;* magníficos sombreros de... de no se que, algo así como palma o anes, comprados en el exorbitante precio de tres reales, pero con alas de a palmo y... ¡adelante, arriba!.

El viento arreciaba y el frío se acentuó bastante aunque contrarrestado por un sol de justicia; y todas aquellas cordilleras que dejábamos a nuestra espalda parecía que iban hundiéndose en el fondo de la tierra, temerosas de aquella otra que avanzaba lentamente envuelta entre jirones de blancura deslumbradora.

A las doce de la tarde dejamos atrás el renombrado *Peñón de San Francisco*, que parece un enorme bólido lanzado allí por el ocaso. En sus cercanías existen unos criaderos de amianto apenas explotados.

Desde allí hasta la cúspide de la montaña la flora se reduce a hierbecillas incapaces de ofrecer alimento al fuego y por tanto en aquel sitio se quedaron dos de los muleros haciendo leña para nuestro futuro rancho.

El frío se acentuaba más y más a medida que nos acercábamos al *Veleta*. A la una y media pasábamos un barranco cegado de orilla a orilla por un inmenso témpano de hielo que nos sirvió de fuente. Eran las primeras nieves que pisábamos.

Aquel era otro mundo, diferente naturaleza, distinta vida. Para habilitar en aquellas regiones precisaba, pero muy pronto, al organismo acomodarse a tan extraño medio ambiente: el corazón latía con rapidez extraordinaria; los oídos zumbaban cual si la sangre contenida en los vasos del cerebro quisiera romper los débiles diques; la respiración se hacia anhelante, y aquella exuberancia de luz y de blancura obligaba a cerrar los asombrados ojos...

Pasó, poco a poco, el vértigo de la montaña ¡Ya llegábamos al termino del viaje!.

Al trasponer una colina vimos al pico de *Veleta* que parecía tocarse con la mano, y en un valle cercano la laguna rodeada de menudo césped y rojizos pedruscos. El viento rizaba el espejo de sus aguas de un azul oscuro como el cielo que reflejaba. Alrededor, bien al amparo de las pendientes, o a la sombra de las peñas, había extensas sábanas de nieve, de las cuales brotaban pequeños arroyuelos que se precipitaban murmurando en aquel pequeño mar, colocado por el Omnipotente en tan extraño paraje.

Eché pie a tierra y me acerqué a la orilla de la laguna. Tiene la forma de una elipse irregular: mide cien metros de larga por algo menos de ancha y su fondo es de doce a catorce en lo más profundo por la parte del sudoeste.

En aquellos momentos y desde aquel sitio pude observar un fenómeno curioso; blanquísimo y denso vapor colocado en el cénit se apretaba y revolvía sobre sí mismo formando abultado copo; y como si invisibles garras lo rompiesen, se separaba tomando cien caprichosas formas, hasta que algunos momentos después se convertía de nuevo en compacta nubecilla. Muchas veces se repitió tan extraño fenómeno.

Al fin veía cumplido uno de los deseos de mi vida. Ya tenía bajo mis pies aquella elevada sierra tan decantada por los poetas de todos los tiempos: ya podía gozar a mi sabor el admirable espectáculo de sus cavernas que allá en la altura asoman sus fauces tenebrosas; de la fuentecilla que nace murmuradora en el umbroso ventisquero; del abismo donde se pierde la mirada y solo el oído llega a percibir sonidos extraños, como si en el fondo de la tierra se engendrase lejana tempestad; de la gruta de hielo de techumbre trasparente como el cristal

tal de roca, llena de preciosas estalactitas donde la luz se descompone en mil colores y cuyo suelo es diáfano lago en el que cae continua y sonora lluvia.

¡Admirable, maravilloso escenario...!

## III

Mis amigos y el guía habían levantado ya la tienda de campaña. Esta es muy parecida de las del ejército: dos palos verticales sostienen uno horizontal formando la figura de T doble, sobre el cual descansa el fortísimo blanco lienzo, sujeto al suelo con largos clavos que garantizan su estabilidad. Entre ambos palos verticales está ingeniosamente sujeta una mesa bastante para ocho cubiertos.

Dentro de la tienda se encuentran ya nuestras maletas, las camas de campaña, que se abren y se cierran como los acordeones y un extraordinario número de mantas, zaleas y cobertores que han de resguardamos del frío y utilizarse también como colchones para los camastros.

Se halla situado tan confortable albergue a treinta metros de la laguna al abrigo de unas peñas, y cerca de él chisporrotea ya alegre fogata en un hogar improvisado.

El resto del día se dedicó a descansar y a concluir los detalles de la instalación. A las seis de la tarde estábamos sentados a la mesa, cubierta con blanquísimo mantel, tomando estrecha cuenta a olorosa paella que cuidábamos de hacer más digerible con sendos tragos de Valdepeñas. Y entre el vapor del aromático café y el humo de los cigarros (como diría Echegaray) y respirando el vientecillo oxigenado y puro que circulaba por la entreabierta puertecilla de la tienda, creció el buen humor y el regocijo. Cualquiera de nosotros se sentía un Hatteras que había de descubrir antes de las veinticuatro horas, nuevos países, minas de plata, o cuando menos algún huevo de cóndor del tamaño de la plaza del Carmen, si no era el cóndor mismo que venía a dejarse matar de una perdigonada.

Pero aquellos ánimos pronto hubieron de calmarse, y hasta hubo quien se arrepintió de sus bravatas, cuando nos dijo el guía que el sitio en que estábamos era frecuentado por los lobos, especialmente en el verano y que entre tan antipáticos animalitos había uno del tamaño de un jumento, especie de cabecilla de partida, llamado por los pastores *Jacinto*, que bajaba hasta los poblados y era el terror de la comarca.

Algo hubimos de tranquilizamos al considerar, no nuestro personal valor, algo dudoso por mi parte, sino contemplando el arsenal que a nuestro alcance teníamos.

Los blancos rayos del sol que reverberaban en las brillantes lajas del Veleta pronto se convirtieron en dorados y poco a poco en rojos y violáceos hasta que la noche colocó su negra caperuza sobre la calva frente de la Sierra.

Uno de mis compañeros, previsor si los hay, sacó dos aparatos que se adaptaban a los palos de la tienda y que eran ni más ni menos que dos tubos de latón que contenían gruesas velas, y pronto la luz se hizo dentro de nuestra tienda.

El frío antes soportable creció señalando el termómetro tres bajo cero y obligándonos a envolvemos en mantas y capotes. ¡Oh sierra, que mal recibes nuestra cortés visita!.

A las nueve se tocó retreta y previo al arreglo de las camas que dio lugar a escenas muy cómicas, nos acostamos cuidando de colocar al alcance de la mano escopetas y revólveres.

Y... buenas noches. Apagué la última de las bujías y tapado hasta las narices con media docena de cobertores me propuse que Morfeo reparara en algunas horas la desvencijada máquina de mis huesos.

Algún rato molestó mi imaginación la idea del tal Jacinto y adláteres, y aun me pareció que su silueta se dibujaba a través del lienzo de la tienda, iluminado por la azulada luz de la luna. También creí escuchar su horrísono aullido... me incorporé... era que alguno de mis amigos más valeroso y sereno, o más molido que yo dormía ya y roncaba como un bendito.

A la parte de afuera sólo interrumpía el solemne silencio de la noche el murmullo de las aguas, himno eterno de la naturaleza hacia su Creador.

## IV

Relatar todos nuestros paseos y exploraciones y sus peripecias daríanme mucho que escribir, pero temo que la lectura a más de falta de interés, peque de cansada. Refreno, pues, algún tanto mi pluma; paso por alto los días que permanecimos a orillas de la laguna y que verdaderamente poco interés ofrecen y relataré para terminar la ascensión al pico de Veleta, lo que desde allí pude contemplar y haré algunas consideraciones que el instinto más bien que mis conocimientos me sugiere respecto a la formación de aquel enorme túmulo de granito, el más elevado, después de *Muley Hacen*, de toda la península ibérica.

Hecho, pues, este paréntesis, que más bien acorta mi relato, prosigo con la venia del bondadoso lector.

## V

Llegó el día y la hora de subir al *Pico del Veleta*.

Mi deseo era ver desde la cúspide la salida del sol. Pero siendo muy áspera y difícil la subida e intensísimo el frío (a la altura del Veleta baja el termómetro generalmente de madrugada a 8 ó 10 grados bajo cero en el verano y a 30 ó 35 en el invierno) desistí de aquel empeño y decidimos verificar la ascensión durante el día.

A las seis de la mañana emprendimos el camino envueltos en gruesos sobretodos, nuestras gorras pasamontañas encasquetadas hasta la nuca, al brazo las escopetas y en la mano los fuertes y altos cayados de acerado punto.

Todo aquel último baluarte de la Sierra es una enorme roca de basalto cuya superficie está cubierta de lajas movedizas de color plomizo abrillantado que ruedan al menor empuje. Quizá cuando aquella cima levantó por primera vez su mole colosal, formose rígida y compacta superficie, pero poco a poco las aguas se filtraron a través de sus moléculas, el frío convirtió a el agua en hielo y éste al dilatarse con fuerzo irresistible destruyó paulatinamente la primitiva obra de la naturaleza.

A poco de comenzar la ascensión tuvimos motivo de convencemos de la riqueza que encierra en sus entrañas aquel paraje: algunas fuentecillas brotan de entre las agujas. En un pequeño vaso tomé una poca agua de la primera de ellas y pude observar que por el líquido y luego se posaron en el fondo, infinidad de partículas de óxido de hierro. El olor y sabor característico de este metal me hicieron separar los labios de la vasija. Algunos centenares de metros más lejos nace otro manantial que deja señalado su cauce de color rojizo, el cual me hizo recordar las aguas de Río Tinto de la provincia de Huelva. Parece indudable que antes de salir a la superficie atraviesan algún filón no pequeño de mineral cobrizo.

Llevábamos más de una hora de trepar por aquellas escabrosidades. La tienda de campaña aparecía allá abajo como un puntito blanco apenas perceptible y todavía el Veleta se encontraba a extraordinaria altura.

Respirábamos el aire enrarecido y sutil con avidez. A pocos metros de distancia necesitábamos dar fuertes voces para oímos. El cielo se veía sobre nuestras cabezas de un azul mucho más oscuro, porque entre la negra inmensidad del espacio y nuestros ojos había menos cantidad del azulado elemento. En cambio los últimos límites del dilatado horizonte hallábanse velados por las celestes gasas.

Hora y media más duró nuestro camino siempre subiendo por entre las resbaladizas lajas.

Al fin dominábamos la elevada cumbre... un último esfuerzo ¡Arriba!.

Ahogamos un grito de sorpresa y el asombro debió aparecer en nuestros semblantes. A dos metros de distancia se abre un abismo espantoso cuya profundidad no podemos apreciar; al frente el elevado pico del Muley Hacen cien pies más elevado que Veleta con sus nieves y lagunas; a la derecha las accidentadas vertientes de las Alpujarras y más allá, en la misma dirección, el Mediterráneo surcado por algunos buques cuyas blancas velas se divisan entre las brumas que el viento de la mañana comienza a disipar. A la izquierda las dilatadas campiñas de Guadix y Baza; más lejos la Sierra de Zújar, que como la de Elvira es un volcán apagado; y en último término las vertientes del sur de Sierra Morena perdidas casi entre los celajes condensados por la distancia. Separado de mis amigos que estáticos contemplaban aquel sublime espectáculo el corazón elevó al cielo dulce y fervorosa plegaria que apenas mis labios formularon, pues estos enmudecen cuando la emoción es verdadera y profunda. ¡Oh que pequeño y mísero es el hombre y cuan infinita la bondad del Ser increado que nos hizo con su solo verbo señores y esclavos a la vez de la terrenal esfera...!

Entre el Veleta y el Muley Hacen habrá próximamente cuatro kilómetros y dada su configuración especial es muy verosímil que formasen en la época prehistórica un solo pico: ambos están cortados, por los lados en que se miran, en sentido perpendicular, y entre ellos el profundo abismo cubierto de nieve que la gente del país llama *corral del Veleta.* En cambio las opuestas vertientes de una y otro forman dilatada curva y pueden ser escaladas con relativa facilidad. En el período de formación, cuando las vibraciones de la tierra fuesen muy frecuentes una violenta sacudida del centro hacia la superficie de la corteza terrestre que dislocando la montaña separó con titánico esfuerzo la inmensa mole, dejando ancho y profundo abismo donde antes existiera la más elevada de la Sierra.

Desde los primeros períodos de formación, anteriores a la aparición del hombre, es casi indudable que no ha vuelto a verificarse en Sierra Nevada, al menos por la parte que nosotros visitamos, ningún trabajo plutónico. En cambio es diario la labor neptúnica. Los hielos, como ya tengo indicado quebrantaron la roca convirtiéndola en enorme montón de escombros; más abajo las aguas pluviales llevando de acá para allá las moléculas han dulcificado, con el transcurso de los siglos las esperanzas naturales y más hacia la base los riachuelos y torrentes, limaron sus primitivos cauces formando profundos barrancos, llenos a la sazón de arenas y cantos rodados de desmesurado tamaño, que solo las torrenciales lluvias del período cuaternario pudieran arrastrar.

Lo más accidentado de la Sierra está entre el Veleta y las estribaciones de levante cerca de la provincia de Almería. Así lo parece al menos desde la cumbre en que nos hallamos. Y lo más pintoresco y rico es la parte de las Alpujarras hasta la costa. Díganlo de los montes de Lanjarón en que crece desde el pino del norte hasta el naranjo y la palmera de las Indias.

La fauna de la Sierra está representada por buen número de cabras monteses, muy perseguidas por los cazadores; en el verano suben a las altas regiones y buscan refugio durante el período de los fríos en las escabrosidades de las vertientes y en el Trevenque, cerro rizado de riscos. También las aves tienen su representación: vimos algunas águilas de gran tamaño y quebranta-huesos con su cola almidonada.

La flora de la cima está en lamentable minoría, aunque según nos manifestó después algún pastor que las faldas de la Sierra apacentaba sus ganados, crecen multitud de hierbas de precioso valor como medicamentos para combatir todas las enfermedades y achaques habidos y por haber y para curar radicalmente la picadura de la víbora.

Lo que verdaderamente tiene no poco valor es la *manzanilla*, especie de hierba de hojas apretadas y menudas de color verdoso ceniciento y olor grato y característico que crece entre las rocas y puesta en infusión sustituye quizá con ventaja al mejor té de la China.

La tarde se aproximaba y nos dispusimos para el descenso.

Arrojamos algunas piedras de gran tamaño a la cima que se abría a nuestros pies, las cuales desaparecieron en el espacio sin que ninguno se atreviese a asomar la cabeza sobre el abismo. Recogí algún pequeño trozo de guijarro que conservo como valioso recuerdo. Trazamos con lápiz nuestras iniciales y la fecha en una laja y muy ufanos emprendimos la vuelta, embargado el pensamiento con lo que habíamos admirado. Su recuerdo, estoy seguro, no se borrará jamás de mi memoria.

Allá hacia el norte veíase Granada como pequeño montón blanquecino, y a su lado, más visible que la ciudad misma, su elevado cementerio, lugar de espantable recuerdo para el dichoso, de dulce recuerdo para el que padece.

Ya vamos, exclamé. No creas ¡oh ángel de eterno sueño que escalábamos el cielo sin la ayuda de tus negras alas! Mañana volveremos cerca de tu mansión a esperar, junto al duro yunque del cotidiano trabajo, la hora de nuestro tránsito desde este pequeño átomo perdido en el abismo del espacio, a la mansión deseada de la luz y la verdad.

Dos días después llegábamos a las puertas de la muy noble, leal y heroica ciudad de Granada, donde repuesto de las fatigas del viaje emborrono estas cuartillas.

## 3. ÁNGEL GANIVET, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid,* Madrid, 1898 (Tomo II, trabajo cuarto).

La hija del tío Rentero preparó las alforjas para el camino, recibiendo en cambio cinco duros que Pío Cid le dio para que se socorriera, y al amanecer salieron los dos viajeros de Seronete, tomando el camino de Júbilo, en dirección de la Sierra.

—Señor D. Pío—dijo el tío Rentero después de un buen rato de silencio,— yo no le he querío decir na á su mercé, pero creo que se acordará de que por este lao vamos á la Sierra.

—A la Sierra vamos—contestó Pío Cid. Se me ha puesto la idea de que no he de volver vivo por estos parajes, y quiero por última vez subir á estas montañas. ¿Cree usted que se podrá cruzar al otro lado y volver á Granada por el camino de los neveros?

—Hombre, como poer, too se pué en el mundo—contestó el tío Rentero.— Trempanillo es pa subir; yo he subió siempre pa Santiago. Bien es verdá que este año ya se han bajao cuasi toas las nieves... Vamos á tener un verano seco.

—Pues no hay más que hablar—dijo Pío Cid. Haremos dos buenas caminatas: pasaremos por Júbilo de largo, y nos detendremos en Tontaina dos ó tres horas para que los mulos tomen un buen pienso, y después seguiremos hasta las faldas del Veleta. Aunque se nos meta la noche no hay cuidado, porque hace luna. Tengo el capricho de subir al Picacho á ver salir el sol. Usted no tiene que subir, sino que se queda con los mulos más abajo, en el sitio que más le guste.

—Su mercé me perdonará —dijo el tío Rentero,— pero lo de encaramarse al Picacho me paece una temeriá. Y menúo fresquecillo que habrá, y empués los ventisqueros.

—Si cuando estemos allí veo que la subida es peligrosa, no subiré —dijo Pío Cid—, porque no me gusta ser temerario; no hay que huir del peligro, pero buscarlo tampoco, por aquello de que "el que busca el peligro, en él perece".

Cerca de las diez de la noche serían cuando llegaron á las faldas del Veleta, a un sitio donde el tío Rentero sabía que había unos corrales cercados, hechos de pizarras, donde se podía pasar la noche al abrigo del viento, bien que aquella noche, por fortuna, sólo soplaba una ligera brisa. Durante el camino no tuvieron encuentro bueno ni malo. Aparte la parada en Tontaina, se detuvieron dos veces para merendar, y todo el día lo pasaron muy agradablemente. El tío Rentero se desahogó a su gusto contando sucesos de su vida, y Pío Cid le escuchaba con gran atención, como si no tuviera nada en que pensar, aunque

pensaba mucho en las peripecias de su excursión y en lo que aún tenía que hacer antes de regresar a Madrid a descansar de sus ajetreos. Descansaron, por fin, de la larga jornada; y aunque los famosos corrales, que sin duda debían servir de guarida a los pastores que vienen en verano, estaban arruinados y no eran más que montones de piedras, el tío Rentero arregló un poco uno de los rincones, y con algunas lajas grandes formó una especie de techado, bajo el que extendió las enjalmas de las bestias y su demedrado capote, que en aquellas circunstancias valían tanto como un colchón de plumas. Pío Cid le dejó hacer, y sólo le advirtió que anduviera con cuidado al mover las piedras, no fuera a picarle alguna víbora de las que por allí es frecuente hallar. Luego se apartó unos cuantos pasos en busca de unas neveras que estaban algo más arriba, y siguiendo el curso de un arroyo llegó al sitio donde el arroyo nacía, en un quieto remanso acariciado por el continuo gotear de la nieve. Entonces sintió el deseo de bañarse en aquella pila, cuyo fondo de granos de arena, al través del agua pura y tranquila, y a la luz clara de la luna, parecía una labor de primoroso mosaico. El tío Rentero, que vino a ver en qué se entretenía su amo, comenzó a hacer grandes aspavientos cuando le vio desnudarse y meterse en aquel agua friísima.

—Por vía de Dios, señor D. Pío —le dijo—, que esto no se debía consentir. Cualisquiera diría que no está osté bien de la cabeza. ¿No ve su mercé que esa es un agua crúa que traspasa lo mesmo que una espá? Yo he metió na más que la mano, y se ma quedao acorchá, que cuasi no la siento.

—Es un baño corto—contestó Pío Cid saliéndose del agua y comenzando a vestirse—. Ahora doy un buen paseo, y como si tal cosa. Y nadie me quita ya el gusto de haberme limpiado el cuerpo de todo lo que se me haya podido pegar en los días que he andado por aquí. Si usted supiera historia, mejor es que no la sepa, sabría que la gente antigua, cuando se iba de un lugar donde no lo había pasado muy bien, tenía la buena costumbre de sacudir las sandalias para indicar que no quería llevarse nada, ni polvo. A mi me parece mucho mejor tomar un baño, porque el agua es el mejor medio de purificación.

—Pero esa agua no es agua—dio el tío Rentero—, es nieve líquia; y Dios quiera que su mercé no coja un pasmo que nus dé que sentir.

—Lo que ocurre—dijo Pío Cid echando a andar—es que estoy más fresco que una lechuga, y ahora vamos a dar un paseo. Yo no quiero acostarme, pues pasada la media noche voy a subir al Picacho; el tiempo ya ve usted que no puede ser mejor.

Disponíase Pío Cid a emprender la ascensión, cuando el tío Rentero le retuvo, diciéndole que él no se quedaba solo ni tampoco le dejaba ir, pues había sentido que rondaban los lobos.

—Usted está viendo visiones—dijo Pío Cid—; ahora no viene un alma por estos parajes, y no sé qué van los lobos a buscar aquí.

—Esos malditos —replicó el tío Rentero— ventean de cien leguas, y andan por aquí, no hay dúa, porque las bestias están soliviantás.

—Pero ¿usted cree que hay lobos todavía? —preguntó Pío Cid—. Yo he oído muchas historias de lobos, pero no los he visto nunca más que en los museos. Zorras sí he visto, y hasta he cogido alguna.

—Hay lobos—contestó el tío Rentero—, y no se ría su mercé, osté no los ha visto, como yo, atacar a un pueblo, y tener todos los hombres que salir con escopeta pa ahuyentarlos.

—Pero dicen—arguyo Pío Cid—que atacan a las bestias antes que a los hombres; y en caso de que vinieran aquí, con apartarse un poco y dejar que se coman los mulos, no creo que les quedaran ganas de comemos a nosotros.

—Pronto lo vamos a ver —exclamó con su voz azorada el tío Rentero—. La Virgen Santísima nus valga, porque los lobos están aquí mesmo. Mire su mercé —añadió en tono muy bajo— aquella loma que tiene unos picos; una miajica a la izquierda, ¿no ve su mercé un bulto?

—Lo veo —contestó Pío Cid—, y veo también que se mueve.

—El Señor nus favoreja— clamó el tío Rentero.

—No hay que asustarse—dijo Pío Cid—. Somos dos hombres contra un lobo. Yo no tengo armas, pero usted tendrá alguna.

—Tengo ésta; —contestó el tío Rentero, sacando de la faja un pistolón antiguo, de los de chimenea— ahora verá osté...

Alzó el gatillo y quitó el mixto para ver si la chimenea estaba bien cebada; volvió a colocar el fulminante y apuntó un gran rato hacia el bulto negro, que se movía de vez en cuando, y del que se percibían claramente dos a modo de orejas muy largas; dejó caer el gatillo, y sonó un chasquido no mucho mayor que el de un eslabonazo en un pedernal.

—Más vale que guarde usted esa pistola—dijo Pío Cid, oyendo el gatillazo—, no sea que el lobo se entere de que nuestras armas funcionan mal, y aligere más a venir.

—No lo tome osté a broma —dijo asustado el tío Rentero—, que lo peor es que un lobo no va nunca solo, y que ése que está ahí debe ser el guión de la maná, y si acúen toos, nus van a jacer triza. Mejor sería levantar el campo...

—Eso de ningún modo —interrumpió Pío Cid—. Yo he oído decir que con los lobos lo peor es huir. Me apuesto a que ése que está allí se pasa la noche olfateando sin atreverse a acometemos. ¿No tiene usted más arma que esa desdichada pistola?

—Aquí tengo el cuchillejo que le di a osté enantes—contesto el tío Rentero.

—Démelo usted—dijo Pío Cid, quien cogió el cuchillo y lo desenvainó para examinarlo—. Con esto basta para escabechar una docena de lobos. Va usted a ver lo que yo hago para salir de dudas, porque me parece muy tonto estar toda la noche mirando a aquel bulto, que quizá no sea lo que nos figuramos.

—Lobo es—dijo el tío Rentero—, y si no, pierdo yo el gañote.

—Si es o no es, pronto lo veremos—dijo Pío Cid, echando a andar con paso firme hacia la loma, mientras el tío Rentero le seguía con los ojos, sin atreverse a decirle que se volviera atrás.

Llegó Pío Cid a pocos pasos del temido lobo, y le vio dar un salto ligero y salir huyendo como una exhalación.

—Tío Rentero —gritó en voz muy alta para que le oyera—, ¡no era lobo!

—¿Qué era?—pregunto el tío Rentero.

—Una cabra montés—grito Pío Cid.—Venga usted y verá los rastros.

—Allá voy —contestó el tío Rentero, quien fue, en efecto, a cerciorarse, como se cercioró, por las pisadas del animal, de que el lobo era cabra, y de que las tiesas y horripilantes orejas eran cuernos inofensivos.

—¿Ve usted —le dijo Pío Cid—como lo mejor en todas las cosas es acercarse para verlas bien?

—Eso es verdá —dijo el tío Rentero—; mas si hubiera sío lobo...

—Quizá hubiera huido más pronto que la cabra —contesto Pío Cid.

—Todos los animales le temen a un hombre resuelto... En fin, acuéstese usted tranquilo, que yo, desde aquí, me voy al Picacho.

—Mire su mecé que empieza a jacer frío —observó el tío Rentero,—a quien no se le había quitado el susto del todo.

—Yo tengo calor—contestó Pío Cid.

Y sin más explicaciones volvió la espaldas y empezó a subir cerro arriba, procurando pisar en sitio seguro para no hundirse en algún mal paso.

Iba Pío Cid decidido a no detenerse hasta llegar al mismo Picacho, para llegar a tiempo de ver salir el sol; pero los pensamientos del hombre son mudables, y no había andado ni la mitad del camino cuando comenzó a enfriársele el entusiasmo por el astro del día.

—Después de todo —pensaba—, el sol no ha sido nunca santo de mi devoción, y creo que esta ocurrencia de ir a ver cómo sale es un capricho infundado, o fundado en que, cuando yo era joven, vine alguna vez, como vienen muchos ascensionistas, inspirados por la curiosidad más que por el amor a la

Naturaleza. De entonces acá mi espíritu ha cambiado tanto, que hoy, pensando con sinceridad, lo que a mí me inspira el sol es desprecio, porque su luz, tan cantada por los vates, nos presta una vida tan mísera como la que arrastramos. Años y aun siglos hace que el sol alumbra en España para poner al descubierto nuestra decadencia y las ruinas de nuestro antiguo poder, y para alumbrar este cuadro más propia será quizás la luz opaca de la luna...

En este punto de sus reflexiones se detuvo, y viendo surgir por la cresta de la montaña la primera claridad de la aurora, sintió que se apoderaba de él un sentimiento inexplicable. No fue que le apareciera la visión blanca, que tanto debía influir en su vida; fue más bien que tuvo el presentimiento de la visión. Quizás se imaginó que detrás de la montaña comenzaba a levantarse, allá por el Oriente, el ideal de pureza, de amor y de justicia que él no hallaba en el mundo, y este ideal le inspiró una canción extraña, como todas las que brotaban espontáneamente de sus labios, y que decía así:

Hija de Oriente, que sueñas
Oculta tras la montaña,
Despierta y oye amorosa
La canción de la mañana:
Yo soy la noche que llora
Con las lágrimas
Que el sol al ponerse deja
Por doquiera
Que su rastro de luz pasa.
Tú eres la noche que ríe
Cuando el alba
Nace y disipa las sombras
Con las ondas
De su luz serena y clara.
Yo soy la sombra que corre
Desolada;
Amor que va ciego y mudo
Por el mundo,
Soñando en la niña blanca.
Presa entre dos resplandores
Va mi alma,
Que a la blanca niña busca
Sin que nunca

En la tierra pueda hallarla.
Sólo una vez a lo lejos
Vi a mi amada,
A altas horas de la noche
Por el bosque
Misterioso de la Alhambra.
Me acerqué, y no era la niña
De mis ansias;
Un rayo de luna era,
Alma en pena
Que por el bosque vagaba.
De un viejo sauce llorón En las ramas
Un ruiseñor solitario Ha entonado
La canción de la esperanza.
Yo también saludo alegre
La alborada;
Hija de Oriente, despierta,
Y risueña,
Asómate a la ventana."

No tardó el sol en coronar la cúspide del Picacho, surgiendo majestuosamente como una evocación, y esparciendo su cabellera rubia sobre las faldas nevadas de la sierra. Pío Cid sintió nuevos deseos de encaramarse en la cima para contemplar el vago y confuso panorama de la lejana ciudad, entregada aún al sueño, y la ancha vega granadina, cercada por fuerte anillo de montañas, recinto infranqueable como el huerto cerrado del cantar bíblico. Luego se sentó y se quedó largo tiempo absorto con los ojos fijos en las costas africanas, tras de cuya apenas perceptible silueta creía adivinar todo el inmenso continente con sus infinitos pueblos y razas; soñó que pasaba volando sobre el mar, y reunía gran golpe de gente árabe, con la cual atravesaba el desierto, y después de larguísima y obscura odisea llegaba a un pueblo escondido, donde le acogían con inmenso júbilo. Este pueblo se iba después ensanchando, y animado por nuevo y noble espíritu atraía a sí a todos los demás pueblos africanos, y conseguía por fin libertar a Africa del yugo corruptor de Europa.

—¡Africa!—gritó de repente; y conforme el eco de su voz, alejándose hacia el Sur, desde las costas vecinas parecía repetir:—¡Africa!, se le iba pasando aquella especie de desvarío.

Muy entrado ya el día dejó su empinado observatorio. El sol picaba de lo lindo, y la vega que antes era un tranquilo Edén, ahora semejaba un lago de luz, en el que, como barcos en el mar, se columpiaban blancos pueblecillos, remontando ligeras columnas de humo. Por fin, a eso de las diez llegó Pío Cid adonde el tío Rentero le esperaba, el cual lo tenía ya todo dispuesto para echar a andar.